

NOTA DEL AUTOR

Se han escrito muchos cientos de libros sobre Voltaire. Éste no es una biografía y todavía menos un estudio de sus trabajos literarios y filosóficos (empeño que hubiera estado por encima de mis posibilidades), sino simplemente una reseña de sus relaciones con madame du Châtelet. La obra de Voltaire como reformador sólo comenzó después de que ella desapareciera. Las campañas de Voltaire para la rehabilitación de Calas y Lally Tollendal; sus contribuciones a la *Encyclopédie*; su querrela con Jean-Jacques Rousseau, *Cándido* y su insistente *Aplastad al infame* pertenecen sin excepción a su edad avanzada.

I. VOLTAIRE Y ÉMILIE

Los amores de Voltaire y de la marquesa du Châtelet no fueron amores ordinarios. La pareja no era ordinaria. Las *Mémoires* de Voltaire comienzan con su encuentro, juzgado por él como momento decisivo de su vida: «En 1733 conocí a una joven mujer que pensaba como yo y que decidí pasar varios años en el campo, dedicada a cultivar su inteligencia». Es bastante misterioso que no la hubiera conocido antes, porque se movían en el mismo medio; el padre de él tenía a su cargo los asuntos del padre de ella; el duque de Richelieu, uno de los mejores amigos de Voltaire, había sido amante de Émilie. Voltaire solía decir que «la había visto nacer», pero esto era una convención literaria que utilizaba con frecuencia; otra era que «fulano (o mengana) murió en mis brazos».

Sin embargo, el famoso enredo amoroso comenzó tan pronto como se vieron. Y no tardó en ser anunciado. El amor en Francia suele ser tratado con mucha formalidad; amigos y parientes quedan sin la menor duda en cuanto a su comienzo y su fin. La ocultación, las tercerías y los lugares secretos de reunión son cosas a las que se recurre únicamente cuando hay un marido o una esposa celosos. El marqués du Châtelet siempre se comportó perfectamente.

En carta a Cideville, compañero de colegio, Voltaire dijo de madame du Châtelet: «Eres una Émilie varón y ella es un Cideville hembra». No podía haberle dedicado mayor alabanza, porque Cideville era uno de sus mejores amigos. Aunque tan frívolo y voluble en sus simpatías y antipatías, Voltaire era inquebrantable en cuanto a la amistad. También la comparó a Newton, por quien

sentía admiración. Decía que, aunque Émilie era un genio y tenía inclinación a reclamar un acercamiento metafísico cuando es más usual pensar únicamente en el amor, poseía un dominio completo del arte del galanteo. Desde el principio, tanto en cartas a los íntimos como en los muchos poemas que le dedicó, se refirió a ella como a Émilie. Esto era otra convención literaria; en aquel tiempo no se utilizaban los nombres de pila, ni siquiera entre hermano y hermana, y, desde luego, al hablar con ella, Voltaire siempre la llamaba madame. A veces, en los escritos de él, ella es Urania, porque madame du Châtelet, a pesar de moverse en los frívolos círculos de la alta sociedad, era erudita y mujer de ciencia. La familia Breteuil, de la que constituye a un mismo tiempo la gloria y la vergüenza, ha hablado de ella hasta nuestros días como de Gabrielle-Émilie, su verdadero nombre.

Si los amigos de Voltaire quedaron sin la menor duda sobre las nuevas relaciones, madame du Châtelet fue todavía más allá. Declaró que proyectaba pasar el resto de su vida con él. Entre los primeros que fueron informados de esta resolución, estaba el duque de Richelieu. No sabemos cuándo y cómo fue comunicada la noticia a monsieur du Châtelet.

Los amantes no eran muy jóvenes. Voltaire tenía treinta y nueve años y madame du Châtelet veintisiete. Se había casado ocho años antes y era madre de tres hijos, uno de ellos todavía de meses. Los dos tenían un pasado tumultuoso. Émilie era un ser apasionado, exagerado en todo. Sus atractivos físicos para los hombres no estaban a la altura de las exigencias de una naturaleza ardorosa, y esto hizo que se sintiera con frecuencia inquieta y desdichada. Su aspecto era muy distinto de la idea que generalmente se tiene de una marquesa del siglo XVIII. Madame du Deffand, que nunca le perdonó que se llevara al mayor ingenio de la época, nos ha dejado una descripción que es sin duda mezquina, pero que tal vez encierre alguna verdad: delgada, seca, aplanada, brazos y piernas grandes, grandes pies, cabeza pequeña, ojos pequeños verde mar, mala dentadura, cabello negro y cutis atezado, vanidosa, recargada en el vestir y desaseada. En cambio, Cideville, que, como la ma-

yoría de los amigos de Voltaire, se sentía atraído por Émilie, nos habla de unos hermosos ojos de dulce mirar y de una expresión noble, inteligente y mordaz. A raíz de haberla visitado y encontrado en la cama un día, escribió:

*Ab mon ami que dans tel lit,
Pareille philosophie inspire d'appétit!*

Se la describe como bella una y otra vez en cartas y memorias de la época; leyendo entre líneas, cabe llegar a la conclusión de que era lo que ahora se llama una hermosa mujer. Desde luego, no era una belleza de la clase de madame de Pompadour y, a pesar de lo mucho que le gustaban los vestidos, nunca fue verdaderamente elegante. La elegancia reclama a las mujeres una atención sin distracciones; Émilie era una intelectual; no podía perder horas interminables con peluqueros y modistas.

Había nacido el 17 de diciembre de 1706 en Le Tonnelier de Breteuil. Sus antepasados inmediatos habían alcanzado el poder y la riqueza en la magistratura. Francia estaba gobernada por familias así, muchas de ellas de origen plebeyo, pero los Breteuil pertenecían a la nobleza de segundo orden. Luis XIV había cortado las alas a los grandes nobles territoriales y, ahora, éstos sólo tenían abiertas dos profesiones: la corte y el ejército. El mágico Versalles era la compensación de su pérdida; cien privilegios inútiles fomentaban su orgullo y su propia estimación. Despreciaban cordialmente a gente como los Breteuil, cuyos varones tenían puestos administrativos en la corte, pero cuyas mujeres nunca aparecían en ella. Madame de Créquy dice que fue durante una larga visita a sus primos, los Breteuil, cuando aprendió a no mencionar a la *noblesse de robe* (los nobles de toga) sin cerciorarse antes de que ninguno de ellos estaba presente, como se hace con los jorobados y los pelirrojos.

La sociedad parisiense en la que Émilie se crio era extraordinariamente democrática. Estaba compuesta de magistrados y de *fermiers-généraux*, cada uno de ellos con un círculo de amigos y

dependientes. Los *fermiers-généraux* administraban la hacienda pública y se procuraban de paso enormes fortunas. Procedían muchas veces de las capas más bajas de la sociedad. El viejo Poisson, el padre de madame de Pompadour, soltó en una ocasión la carcajada en la mesa de uno de estos magnates: «No puedo menos que reírme cuando pienso que un extranjero que apareciera aquí nos tomaría por una asamblea de príncipes. Y he aquí que usted, M. de Montmartel, es el hijo de un posadero; usted, Savalette, el hijo de un vinatero; usted, Bouret, el hijo de un criado y, en cuanto a mí... ¡todos saben quién soy yo!». Sin embargo, la hija de Poisson fue una de las mujeres más refinadas de la época.

La tarea de acumular dinero no impedía que estos hombres se educaran. Protegían la literatura y el arte, reunían magníficas colecciones, construían espléndidas casas y procuraron los fondos necesarios para las más hermosas ediciones de los clásicos franceses que jamás se hayan hecho. Los cortesanos de Versalles, especialmente aquellos con gustos intelectuales, como los duques de Nivernais, La Vallière y Gontaut, aceptaban la hospitalidad de esta gente, cortejaban a sus esposas y en ocasiones hasta se casaban con sus hijas.

Francia era próspera. Se había recobrado de las guerras de Luis XIV y no se había embarcado todavía en las de Luis XV. El dinero fluía a la capital. Al describir la vida en París bajo Luis XV, Voltaire señala que magistrados de medios muy corrientes llevaban un ritmo de vida que pocas personas pueden hoy permitirse. Sus esposas estaban cubiertas de diamantes y lucían, como ellos mismos, vestidos recamados que valían una pequeña fortuna. No había nada superior a la elegancia y la belleza de sus pertenencias; sus muebles, plata, porcelana y cuadros eran de la mejor calidad; había en sus jardines profusión de plantas raras; sus coches y carrozas eran un placer para los ojos. Un buen cocinero en París obtenía hasta 1.500 libras anuales.¹ Voltaire calculaba que había

1 El señor Besterman dice que el poder adquisitivo de la libra era el de un dólar norteamericano en 1956. Veinticuatro libras eran un luis, equivalente a una guinea inglesa.

cada noche de quinientos a seiscientos grandes banquetes y que, después de cada uno de ellos, miles de libras cambiaban de manos en las mesas de juego sin que nadie se sintiera afectado. Se consumían en una noche en París más aves y caza que en Londres durante toda una semana y era también enormemente mayor el número de bujías de cera que se quemaban.

Los Breteuil vivían en una casona que daba a los jardines de las Tullerías. Estaba dividida, como suelen estarlo las casas francesas, en departamentos habitados por los diversos miembros de la familia: la marquesa, la condesa (ambas viudas), el comendador de Breteuil, el obispo de Rennes y el barón de Breteuil, con su esposa y sus cinco hijos, entre ellos Émilie. La Baronesa, hermana de la marquesa, era una Froulay y pertenecía a la vieja nobleza. El padre de Émilie era una figura elegante pero un tanto ridícula, muy conocido en París y en Versalles, donde era «*Introducteur des Ambassadeurs*» o jefe del protocolo. Nadie le tenía mucha simpatía, pero su esposa solía decir que por su parte le estaba agradecida por haberla sacado de un convento y haberle dado hijos. Aunque había sido educada en este convento y nunca, según dice madame de Créquy, tuvo oportunidad de respirar el buen aire de Versalles, sus maneras eran las de una gran dama y enseñó a sus hijos e hijas a cuidar de las suyas respectivas. «No os sonéis con la servilleta; tal vez juzguéis innecesario que os lo diga, pero he visto a los hermanos Montesquiou sonarse con el mantel y es algo que verdaderamente repugna. Romped el pan; no lo cortéis. Aplastad la cascara luego de haber comido el huevo; no sea que aquélla ruede fuera del plato. Nunca os peinéis en la iglesia. Tened cuidado con la palabra *Monseigneur*; hay que pronunciarla de modo distinto, según se trate de un príncipe de la Iglesia o de un príncipe de la Sangre. Si hay un sacerdote en la habitación, dadle siempre el asiento más próximo al fuego y servidle antes que a nadie en la mesa, aunque por modestia se haya instalado en el extremo de ella.»

Émilie no aprovechó muy bien estas enseñanzas. Estaba demasiado absorbida por sus propios pensamientos para ser cortés y, de hecho, se hizo famosa más adelante por su mala educación. Pero su

instrucción intelectual era cosa distinta. Su padre tuvo la sagacidad suficiente para comprender que había engendrado una maravilla. Mientras la mayoría de las jóvenes de su clase quedaban a merced de los conocimientos que pudieran obtener de los domésticos (conocimientos prácticos por regla general y posteriormente muy útiles para quienes huyeron de la Revolución sin un céntimo a Inglaterra y América), Émilie recibió una buena instrucción de acuerdo con el módulo más exigente. Aprendió latín, italiano e inglés; Tasso y Milton eran para ella tan conocidos como Virgilio. Tradujo la *Eneida*, aprendió de memoria largos pasajes de Horacio y estudió las obras de Cicerón. Se negó a estudiar el español, porque le dijeron que el único libro en este idioma era frívolo. Su verdadera aptitud era para las matemáticas. En esto fue alentada por M. de Mézières, amigo de la familia y abuelo de madame de Genlis.

Los Breteuil recibían con suntuosidad. Nunca eran menos de veinte en la mesa y, aunque su casa distaba de ser un centro de intelectuales, cabía ver en ella a algunas figuras literarias. Fontenelle, el sobrino de Corneille, iba allí todos los jueves. Era secretario de la Académie des Sciences y, como vulgarizador del pensamiento científico, fue un oscuro precursor de Voltaire. Nacido en 1657, era de edad madura cuando Émilie era todavía una niña. Solía decir: «Me gustaría ver una época de fresas más», y señaló con satisfacción en su lecho de muerte que había visto noventa y nueve. Otros visitantes habituales eran el duque de Saint-Simon y el marqués de Dangeau, ambos considerados viejos abrumadores. Los ojos de Saint-Simon parecían cenizas apagadas en una tortilla, según decía otro amigo de la casa, Jean-Baptiste Rousseau. El duque nunca iba a cenar por miedo a verse obligado a devolver la hospitalidad; en sus memorias, mordió de veras la mano que no le había alimentado: «Breteuil no era en modo alguno persona sin prendas, pero estaba devorado por el amor a la corte, a los ministros y a todo aquel que estuviera en el candelero. Obtuvo dinero siempre que pudo con promesas de apoyo (en asuntos de protocolo). Nos metíamos con él, nos reíamos de sus cosas y le gastábamos vayas sin misericordia».

«¿Quién escribió el padrenuestro?», preguntaron a monsieur de Breteuil durante una cena. Pausa. Monsieur de Caumartin, su primo, le sopló al oído: «Moisés». «Bien, claro está, Moisés», declaró brillantemente monsieur de Breteuil en medio de una algazara. Estaba más al tanto de lo que sucedía en su tiempo y, bajo el nombre de Celso, es presentado como un correveidile infalible en los *Caractères* de La Bruyère.

Los Breteuil estaban emparentados con lord Clare, quien les llevó a la casa a muchos jacobitas desterrados. El mismo Viejo Pretendiente pasó allí en una ocasión varias noches, disfrazado de abate. Émilie, por espíritu de contradicción o porque estaba ya harta de los jacobitas, solía decir que era partidaria del buen rey Jorge de Hanóver.

Cuando tenía diecinueve años, mademoiselle de Breteuil se casó con el marqués du Châtelet, de treinta, coronel de un regimiento y jefe de una de las grandes familias conocidas por *les chevau-x de Lorraine*. Tenía un lejano parentesco con los Guisas y exhibía la *fleur-de-lis* en su escudo de armas; su esposa disfrutaba del privilegio, usualmente reservado a las duquesas, de sentarse en presencia de la reina y de viajar con ella. Los antepasados del marqués habían sido soldados; su abuelo fue un mariscal de Francia. Las tierras de la familia estaban muy descuidadas; la mansión de campo, el *château* de Cirey, era una estructura vacía y en ruinas; las rentas eran muy insuficientes. De hecho, el marqués distaba de ser rico. Pero Émilie tenía una buena dote.

Durante los primeros años de su matrimonio, les nacieron dos hijos, un niño y una niña. La única afición de Du Châtelet era el ejército; por lo general, estaba ausente, de guarnición, y Émilie tenía que arreglárselas como pudiera. Como su padre, era aficionada a la sociedad y la vida de corte; le gustaba jugar y no tardó en lanzarse a la aventura amorosa. A pesar de su esmerada educación y de las salidas que proporcionaban una diversidad de aficiones, siempre hubo en ella algo de ramera. Un hombre tomado en la casa para lacayo ha relatado cómo fue requerido la primera mañana para que se presentara en el dormitorio de su ama. Mien-

tras le daba sus instrucciones, Émilie se quitó el camisón y quedó desnuda como una estatua de mármol. En otra ocasión, lo llamó mientras estaba instalada en la bañera y le ordenó que tomara una marmita de agua caliente del fuego y la vertiera en el baño, que se estaba enfriando. Como no utilizaba sales de baño, el agua estaba clara y dejaba ver toda aquella desnudez. Sin el menor reparo, Émilie abrió las piernas para que el criado pudiera echar el agua entre ellas. Por libres y despreocupadas que fueran las maneras del siglo XVIII, no era éste el comportamiento habitual de una mujer honesta. La prueba es que aquel hombre quedó horrorizado.

El primer amante declarado de madame du Châtelet fue el marqués de Guébriant; al cabo de un tiempo la abandonó por otra mujer. La desdenada quedó muy dolida. Cuando comprendió que su amante no tenía intención de volver a ella, le pidió una entrevista final. Ésta transcurrió en calma. Émilie hizo que Guébriant le sirviera una taza de sopa y se la tomó; luego, se despidieron. El marqués dejó la casa con unas últimas líneas de ella en el bolsillo. Por fortuna, las leyó en seguida; Émilie decía en ellas que la sopa estaba envenenada y que iba a morir a manos de su amado. El amado, con alarma muy justificada, no perdió el tiempo; volvió corriendo junto a Émilie y la encontró realmente muy enferma. Tomó enérgicas medidas y consiguió salvarle la vida. Pero el enredo amoroso no fue reanudado. El siguiente amante de Émilie fue el duque de Richelieu, cuyos conocimientos del mundo y del corazón humano le permitieron, llegado el momento, romper amarraz sin una escena tan lastimosa. El duque y madame du Châtelet siguieron siendo buenos amigos hasta la muerte de ella. A los veintisiete años, Émilie dio a luz por tercera vez, un niño. A partir de este nacimiento, se dedicó al estudio de las matemáticas. Inconscientemente, estaba a la espera de esa revolución que se produce con frecuencia en la vida de una mujer ya no joven y que señala el futuro curso de su existencia.